



P. JOSÉ LUIS TORRES-PARDO CR

LA MADUREZ

EDICIONES CRISTO REY

LA MADUREZ

Conferencia del P. José Luis Torres-Pardo CR

Primera edición mecanografiada: Salto, Uruguay, 1969
Segunda edición corregida y adaptada: Roldán, 2024

PRESENTACIÓN

Publicamos una conferencia pronunciada por nuestro Padre Fundador en Salto (Uruguay) en 1969, es decir años antes del nacimiento de nuestro Instituto.

El tema es siempre nuevo e importante. Pero tal vez resulte más actual en nuestros días, cuando parece reinar una general incapacidad de madurez humana y espiritual, a pesar de las numerosas y ejemplares excepciones.

En aquella conferencia el Padre ofrecía algunas claves principales para comprender la genuina madurez de toda persona. Para un mejor entendimiento del conjunto el Padre distinguía varios aspectos de la madurez: intelectual, volitiva, afectiva, social y religiosa. Aspectos que convergen en la formación de una auténtica “personalidad cristiana”.

Aunque la conferencia estaba originalmente dirigida a personas consagradas -y ahora la orientamos primeramente a los miembros del Instituto Cristo Rey-, no es difícil aplicar las “ideas-luz” y las aplicaciones prácticas que se brindan en estas páginas a la vida de todo aquel católico que se sabe llamado a la santidad, la más acabada expresión de la madurez humana.

En el origen de esta publicación está el estilo oral propio de una conferencia “familiar”. Se ha tratado de “traducir” el texto a un estilo en general más ordenado, pero no se puede evitar el reflejo de la palabra viva y hablada. Y en definitiva es mejor que sea así, porque la palabra del Padre tenía -ya desde su juventud sacerdotal- una calidez y una fuerza que dan una saludable vibración al escrito.

Deseamos que esta publicación ayude a los más jóvenes y a los más adultos de nuestra familia espiritual, y a todas las personas que tengan interés por crecer de “una manera digna del Evangelio de Cristo” (Flp 1,27).

P. Jorge Piñol, CR
Toledo, 30 de septiembre de 2024.-

INTRODUCCIÓN

Se dice en el Evangelio de san Lucas que “... Jesús crecía en sabiduría, edad y gracia, ante Dios y ante los hombres...” (Lc 2, 52).

Esto que ocurría en Cristo, durante su vida temporal, también ocurre en el Cristo místico, y en sus miembros, que somos nosotros. Este crecimiento es la madurez.

Vamos a ver la madurez en cinco aspectos. Todo en vistas a la santidad.

Naturaleza y gracia deben compenetrarse, armonizarse, para producir un santo. Este santo está formado de cuerpo y alma: hace falta pues, una madurez que se adquiere naturalmente y que se perfecciona y sublima con la gracia; y esa madurez final que llamamos santidad, es producto de las dos cosas: naturaleza y gracia.

Los cinco aspectos que vamos a considerar son:

- Madurez intelectual: Inteligencia.
- Madurez volitiva: Voluntad
- Madurez afectiva: Corazón, sensibilidad, sexo.
- Madurez social: Trato con los demás.
- Madurez religiosa: Vida espiritual.

CAPÍTULO I: MADUREZ INTELECTUAL

Esta madurez es lo que se llama vulgarmente “formación”. Dios puso la cabeza no como florero sino para pensar. Los otros cuatro aspectos dependen de éste. Según la cabeza que tiene uno, así pensará y obrará.

Tenemos que notar que para que una persona llegue a la plenitud de la madurez adulta, ésta debe abarcar los cinco aspectos antes mencionados. Se puede tener una madurez intelectual y no volitiva. Se puede tener una gran madurez intelectual y moralmente ser un desastre, y así en todos otros casos.

Estos aspectos, pueden ser poseídos con mayor o menor grado. Cuanto más perfectamente armonizados estén, más acabada es una persona.

El que llega a alcanzar la madurez religiosa, se supone que tiene las cuatro anteriores; se necesita por lo menos un *mínimum*.

A esta madurez intelectual la reduciremos a cinco aspectos, que van juntos.

1) FORMACIÓN COMPLETA, PROPIA Y CONVENIENTE

Completa: No perfecta, de saberlo todo en todas las cosas, sino que sepa todo lo esencial en el plan Divino, las grandes ideas y principios, en todos los aspectos.

Apropiada: Que limita la noción de completa, es decir, conveniente a nuestra condición de consagrados. Todo lo que, según la Iglesia, un religioso debe saber para su formación espiritual y apostolado. Sabiduría sí, erudición, no.

Esta formación completa es saber un poco de todo, un *mínimum* en todos los aspectos. Esto supone y exige varias cosas:

- a. Supone y exige conocimiento del mundo (vida), entendiendo “mundo” en su sentido positivo. Inocencia, sí, ignorancia, no. Este conocimiento de lo que es la vida no quiere decir haber viajado por todas partes y haberlo visto todo, supone, más bien, una cierta base de cultura general.
- b. Supone y exige conocimiento del hombre, saber que es un *compositum*, un compuesto. Esto es muy importante: saber lo que es un hombre, una mujer, un niño, es decir, conocer las personas. Para conocerse a sí mismo y a los demás, porque somos apóstoles.
- c. Supone conocimiento de la Iglesia, de su doctrina, etc., para vivir según el pensamiento de ella y de su Magisterio oficial.
- d. Supone y exige un conocimiento del Instituto y de la vida religiosa, conocimiento del propio carisma, y saber discernir cómo obrar conforme a él.
- e. Supone y exige un conocimiento de sí mismo; de los propios gustos, aptitudes y repugnancias; todo esto tiene su importancia cuando es analizado y hecho con sinceridad. Este análisis obliga a entrar dentro de sí mismo y a ser objetivo, en lo posible, a descubrirse a sí mismo. Es sabido por experiencia que la ignorancia produce muchos daños en la vida espiritual, en la vida de comunidad, etc.

Cuando la cabeza se desvía doctrinalmente, la vida se desvía completamente.

Tenemos que alcanzar esta madurez intelectual para ser capaces de escuchar cualquier disparate sin que nos haga daño; para reaccionar bien, para “vacunarnos”, para saber dónde está el error, y ayudar a los que se equivocan, porque han sido mal formados.

Es lo mismo que en las tentaciones: ellas nos sirven para fortalecernos en la lucha.

Hoy la Iglesia exige mucho en este aspecto de madurez intelectual.

2) CONOCIMIENTO DISTINTO DE LOS GRANDES PRINCIPIOS DEL ORDEN NATURAL (RAZÓN) Y DEL ORDEN SOBRENATURAL (FE - TEOLOGÍA)

Todo religioso debe conocer los grandes principios de la Filosofía y Teología. La Iglesia lo exige porque hace falta.

Decimos “distinto”, es decir, contrario del conocimiento “confuso”. Hay gente que no sabe distinguir los puntos de vista, y entonces se confunden y hacen disparates. Un ejemplo: Se habla de la “Iglesia de los pobres”, y por tener de esto un conocimiento confuso viene esa mentalidad equívoca que empuja a la renovación tipo “Che Guevara”. El que tiene conocimiento “distinto”, sabe distinguir los conceptos: Dios ha hecho al rico y al pobre.

Algo semejante ocurre, por ejemplo, con la palabra “libertad”. Uno tiene más conocimiento distinto o madurez intelectual cuando más definiciones sabe hacer.

Definir es delimitar: esto es esto y esto no es esto.

Distinguir: una persona formada distingue, antes de dar una definición. Distinguir los grandes principios, los que sostienen y mantienen todo el plan de Dios: La razón iluminada por la fe sobrenatural, y que no podría conocer sin ella.

Una persona que sabe, por ejemplo, que en filosofía hay un principio de identidad: una cosa es igual a sí misma; y de allí saca el de contradicción, (una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo, bajo el mismo aspecto, bajo el mismo punto de vista), en la práctica obrará en consecuencia y nadie la engañará, porque sabe pensar con lógica.

Hay unas reglas mentales objetivas (reglas de lógica), por las cuales se rige la mente, y que se deben respetar.

En orden a la fe, ocurre lo mismo; no basta creer: nuestra fe tendría que ser ilustrada, tendríamos que saber por qué creemos; no resolver los misterios, lo cual es imposible, sino conocer el por qué.

Una fe que busca una explicación, no por orgullo intelectual, sino para que nuestra fe sea más sentida; y que sepamos que hay razones para creerlo así. Lo cual se puede llamar “razonar nuestra fe”. La fe busca ilustrarse o explicarse a sí misma.

Para adquirir esto tenemos que conocer el objeto formal de las cosas, ya sea para estudiar o para dialogar; hay que saber distinguir, viendo qué aspecto, qué punto de vista se toca. El que no conoce los objetos formales, los aspectos de las cosas, se confunde, y confunde.

Tenemos que saber distinguir:

- Lo esencial de lo accidental,
- Lo inmutable de lo mutable,
- Lo absoluto de lo relativo,
- La tesis de la hipótesis,
- La causa de la ocasión, etc., etc.

Cuando una cosa es causa, influye en la otra. Por ejemplo: el fuego produce el humo. Pero en la ocasión no hay influencia, es pura casualidad.

Estos principios los podemos aplicar cuando oímos una conferencia o una predicación. Saber distinguir los principios de orden natural y de orden sobrenatural, lo bueno de lo malo, lo que es necesidad de lo que es verdad.

Veamos un ejemplo concreto:

Composición de lugar: Un cuartel. Aparece la orden del día.

El coronel dice al comandante: *“Como usted sabe, mañana tendremos eclipse de sol, lo cual no ocurre todos los días; haga salir a sus hombres (los soldados), en traje de campaña, a la plaza de armas, así podrán ver este raro fenómeno. Yo les daré las explicaciones necesarias. En caso de lluvia no podremos ver nada; entonces haga pasar a los hombres al gimnasio”*.

El comandante transmite la misma orden al capitán: *“Por disposición del sr. coronel, mañana a las nueve horas habrá eclipse de sol, con instrucciones dadas por el sr. coronel en persona, cosa que no ocurre todos los días. Si el tiempo está lluvioso, no será posible ver nada al aire libre, pero entonces, en traje de campaña, el eclipse tendrá lugar en el gimnasio”*.

El capitán transmite la orden al sargento: *“Por disposición del sr. coronel, mañana a las nueve horas, en traje de campaña, inauguración del eclipse de sol. El sr. coronel dará las órdenes en el gimnasio, si llegara a llover, lo cual no ocurre todos los días”*.

El sargento transmite la orden al cabo: *“Mañana a las nueve horas, el sr. coronel en traje de campaña hará eclipsar el sol, en el gimnasio, con instrucción, si hace buen tiempo. Si llueve no habrá eclipse, si bien no ocurre esto todos los días”*.

El cabo al inferior: *“Mañana a las nueve horas tendrá lugar el eclipse del sr. coronel, en traje de campaña; si hace buen tiempo y llueve en el gimnasio, se irá a la plaza como demostración, porque esto no ocurre todos los días”*. El comentario de los soldados era éste:

“Parece que el sol, en traje de campaña, hará eclipsar al sr. coronel, como demostración, mañana a las nueve horas. ¡Qué lástima que esto no ocurra todos los días!”.

Esto pasa muchas veces en la práctica. Por ejemplo: el Papa dice una cosa, y cuando aparece en los diarios se ha dicho todo lo contrario, con buena o mala voluntad; y el que lo lee se “envenena”, diciendo: “¡yo he leído esto...! ¡El diario dice...!”. A veces basta con que modifiquen una coma o un punto, y todo se cambia...

Lo mismo pasó con la Encíclica de Juan XXIII *“Pacem in Terris”*, con la palabra “socialización”, o sea el derecho de asociación de los trabajadores para defender sus legítimos derechos; se decía que, por fin, el Papa había aprobado el socialismo: confunden la socialización con el socialismo.

3) CRITERIOS OBJETIVOS Y JUICIOS PRÁCTICOS DE LAS COSAS

El conocimiento distinto se adquiere con el estudio y la observación, y me permite formar criterios que a su vez me ayudan a juzgar y a “criticar” positivamente las cosas.

Este conocimiento distinto, especulativo, cuando se va a la práctica se transforma en los criterios, normas prácticas para los casos grandes o pequeños de cada día. Aprendo entonces a “criticar” positivamente, a analizar lo que es esencial o accidental, lo que es divino o humano.

Una persona madura intelectualmente sabe hacer esa “crítica”, dar su valor, ver lo bueno, ver las fallas. Eso es espíritu crítico.

Hay que hacer este esfuerzo mental, porque de lo contrario no me santificaré, y no rendiré lo suficiente para mí y para la comunidad.

Esto supone el ejercicio de todas las virtudes, porque hablamos en plan de la santidad.

Tenemos que saber dar “el salto” del orden ideal al orden real, práctico, circunstancial, para no caer en el idealismo. Una cosa es tener un ideal, y otra ser idealista. El que no da este salto del orden ideal de los conceptos, al orden práctico, real y circunstancial, no va a tener criterios objetivos prácticos, y se va a estrellar o a desesperar. Los que quieren dar los principios tal como se presentan, sin ver las circunstancias, se estrellan (y esto es señal de inmadurez).

La realidad se queda siempre debajo del ideal.

No debemos tomar un principio y aplicarlo “crudamente”. Este trabajo es propio de la prudencia (natural o adquirida; sobrenatural, y con el don de consejo, que la perfecciona).

Decimos que hay que juzgar y criticar todo; pero en ese “todo” hay que distinguir:

a. Nuestro patrimonio CR

Criticarlo de manera positiva: que yo tenga sentido de responsabilidad, conciencia de lo que es el patrimonio espiritual del Instituto Cristo Rey; por ejemplo, saber en qué consiste la obediencia, cómo hay que obedecer, cómo armonizar la obediencia de juicio con la libertad.

b. Lo que es de nuestra competencia

Hay que distinguir dos aspectos: las cosas que son de nuestra competencia y las que no lo son. Ciertamente, no podemos saberlo todo, pero sí debo tener los grandes principios, de orden especulativo y moral para que, si aparece algo contrario a ese orden lógico, yo reaccione. La inteligencia, al ver una contradicción, si es pura, reacciona.

Aplicarlo a los que forman: un superior no puede saberlo todo, pero debe tener los grandes principios, para ver si hay algo que ofende al orden de la razón, de la moral.

San Ignacio nos dirá: “Siempre Dios mueve al alma por medio de la razón”. Cuando hay algo que me repugna, me choca, en el orden de la razón y de la moralidad, es el demonio el que actúa, porque Dios es pura Verdad.

c. Juzgarlo todo a la luz del último fin (*principio y fundamento*): la santidad, la gloria de Dios

Nosotros tendríamos que tener esa dimensión de eternidad que nos marca el *principio y fundamento*.

Tenemos que adquirir, si no lo tenemos, el “espíritu de observación”, porque de la observación se sacan los principios, y se elaboran los criterios.

4) LOS GRANDES PRINCIPIOS Y EL PLAN DE DIOS

Y no basta tener principios: hay que saber aplicarlos. ¿En qué consiste esto? En saber reducir todos los principios y casos particulares a una unidad, y a la Unidad con mayúscula, que es el plan de Dios. Tengo que saber ver, sistemáticamente, esos principios: saber reducirlos a la unidad con lógica, con un esquema, ya que así se profundiza más la verdad. Esa unidad produce la belleza. La unidad en la variedad es la belleza.

La madurez intelectual supone esto: ir con orden, en forma esquemática, con un plan sintético y completo, ya que sin esto no se puede profundizar. Los verdaderos sabios son los que saben reducirlo todo a la unidad, los que tienen apetito de la unidad, y quieren verlo todo en uno. De aquí la ventaja del esquema.

Esto es la sabiduría en el orden natural, independientemente de la gracia santificante, de la santidad. En el orden sobrenatural es el don de la sabiduría, es decir “conocimiento sabroso de las cosas; ver todas las cosas en Dios, y a Dios en todas las cosas”.

Esta síntesis me lleva a valorar, a pesar y colocar las cosas en su lugar, respetando la escala de valores. Es decir, hay unos principios que pasan antes que otros: Por ejemplo, en la caridad y la obediencia, pasa antes la caridad, la regla y la necesidad. En estos casos en que hay dos principios contrarios, debemos poner en práctica la escala de valores.

Otro ejemplo: el bien espiritual personal pasa antes que el bien espiritual colectivo.

Este valorar las cosas, y respetar la escala de valores en los principios, nos da el equilibrio intelectual y moral entre puntos opuestos o en tensión. Veamos algunos ejemplos:

- Progreso y tradición.
- Tesis e hipótesis.
- Autoridad y libertad.
- Egoísmo y riesgo.
- Contemplación y acción.
- Dogma y pastoral.
- Verdad y caridad.
- Horizontal y vertical.
- Iglesia y mundo.
- Jerarquía y conciencia, etc.

Estas oposiciones, provocan tensiones en al alma, en la sociedad o en la Iglesia. Pero la madurez sabe resolverlas y mantener el equilibrio. El que no tiene madurez intelectual, o se aferra a la tradición y se va al otro lado, o se aferra a lo nuevo y echa por tierra todo lo demás.

Hay que atar los dos cabos: pasar de un clima a otro sin “resfriarse” o tener una pulmonía.

5) LA HUMILDAD INTELECTUAL

Con humildad intelectual se quiere decir:

1. Saber ignorar.
2. Saber dudar.
3. Saber revisar.
4. Saber cambiar.
5. Saber equivocarse.

La palabra “saber” quiere decir aceptar estas cosas. A veces el ignorar es signo de madurez.

1. El saber ignorar lo que no me conviene saber porque es malo o Dios no me lo pide, no es falta de madurez. El saberlo todo, recorrerlo todo, probarlo todo, no es madurez. Se confunde sabiduría con erudición. Se puede saber muchas cosas, pero al mismo tiempo “saber poca cosa”. Reconocer el límite de la razón: “...no investigar lo que está por encima de ti...” (Si 3, 23).
2. Saber dudar, en caso difícil.
3. Saber revisar, ir a las fuentes, supone humildad intelectual. El que no es humilde intelectualmente no acepta que es ignorante en muchas cosas. El tonto cree que lo sabe todo. El que no es humilde no querrá pensar y reflexionar. El que no es humilde no sabe revisarse a sí mismo, para ver si lo hace bien. Esto supone humildad y madurez.
4. Saber cambiar: este tradicionalismo cerrado, que no admite ningún cambio, es infantil. Saber cambiar para mejorar es crecer. Teniendo en cuenta el fin, ver si conviene mudar o permanecer.
5. Hay madurez en “saber equivocarme”; eso no es extraño, e incluso nos hace bien y nos ayuda a corregirnos. A fuerza de golpes se madura. El que no se arriesga no madura. La humildad, en este aspecto, se demuestra en que uno sabe decir: me he equivocado.

CAPÍTULO II: MADUREZ VOLITIVA

Si la madurez intelectual hace de un religioso una persona “de cabeza”, la madurez volitiva lo hace una persona “de voluntad”.

Se trata de formar la voluntad. En esto consiste la madurez. En otras palabras: educar y “convertir” la voluntad.

La veremos en varios aspectos:

1) DOMINIO DE SÍ MISMO

Una persona que no se domina, en la cual la voluntad no manda, no tiene esta madurez volitiva. Dice san Ignacio: “*Vince te ipsum*”. Tengo que educar mi voluntad hasta alcanzar la madurez. Esta voluntad debe ser:

- a. Firme o fuerte, que quiere y se entrega. Es lo que se llama “expansión del amor”.
- b. Constante; nuestra voluntad tiene que ser firme hasta el fin. No como los niños, que son inconstantes, enseguida “se cansan”. Tengamos presente el ejemplo de Jesucristo: “...los amó hasta el fin...” (Jn 13, 1). Es decir: fidelidad. El amor, cuando es maduro, es fiel.

- c. Ordenado: la voluntad debe saber jerarquizar, es decir, amar más a lo que merece más amor.
- d. Ecuánime, es decir, un mismo ánimo, un mismo humor.

Mantenerse en un mismo humor; que las alegrías no me disipen y pierda el control, y que las tristezas no me abatan. Este dominio equivale a templanza, que sabe imponerse al humor. Esta templanza la da la voluntad que se impone al humor. La voluntad educa al temperamento; sabemos que el carácter es el temperamento educado por la voluntad. Este control tiene que ser tal que me haga dueño de mí mismo: que yo supere las dificultades, y que mis reacciones sean proporcionadas; que la razón me dirija; que si hablo es porque mi razón me lo dice; si callo, es porque mi razón me lo ordena.

En santa Teresa del Niño Jesús tenemos un ejemplo magnífico de madurez volitiva. A mayor personalidad, mayor madurez volitiva.

2) RECTO USO DE LA LIBERTAD

Hay una libertad psicológica, y otra moral. Yo, físicamente, soy libre para pegar un tiro a una persona. Pero moralmente no.

Aquí se trata de llegar al recto uso de la libertad, que es la que me puede traicionar; el pecado no es más que un abuso o mal uso de la libertad psicológica.

Antes del pecado original, estas dos libertades, psicológica y moral, coincidían. Como consecuencia de aquél, se separan. ¿En qué consiste la santidad? En volver en lo posible a aunar estas dos libertades. La indiferencia ignaciana no es más que la condición necesaria e indispensable para el recto uso de la libertad física o psicológica.

Yo no llegaré a usar rectamente de mi libertad, o abusaré de ella, si no estoy indiferente. Para llegar a la madurez volitiva, ese dominio y control de sí mismo hará de mí un hombre libre, en el buen sentido, y me llevará al recto uso de la libertad psicológica.

Recordemos estas dos cosas:

- 1º) Libertad es la facultad de hacer el bien sin trabas.
- 2º) El religioso más libre es el más santo, y el más santo es el más libre.

En nuestro lenguaje ascético ignaciano, alcanzaremos la madurez volitiva en la medida que alcancemos la indiferencia ignaciana. Esta indiferencia abarca tres aspectos:

- I)** Con relación al fin: la entrega a Dios con todo el corazón y toda el alma.
- II)** Como condición de lo anterior, es el desprendimiento de todas las criaturas, más o menos en cuanto me apartan de Dios. El grado de desprendimiento de las criaturas es el grado de amor y de entrega que me une a Dios. El que está unido a Dios “más o menos”, estará desprendido de las criaturas “más o menos”; el que ama a Dios con toda el alma, está desprendido de las criaturas con toda el alma.
- III)** Disponibilidad para lo que Dios quiere de mí, en todo momento, como actitud habitual. Esto no se alcanza sino con el dominio de mí mismo. Y esto es lo que me da la libertad. Esta indiferencia de que hablamos es sobrenatural; nadie nace indiferente. Es activa, habitual; en cualquier momento está pronta; esto es la santidad.

3) SENTIDO DE RESPONSABILIDAD

Este sentido de responsabilidad debe tenerse ante Dios, la Iglesia, la familia religiosa, la sociedad y uno mismo. Un alma que ha llegado a dominarse, puede trabajar sola, porque es plenamente responsable.

Los Ejercicios Espirituales son una escuela de madurez; forman la persona y el carácter maravillosamente: en el *principio y fundamento* y en las *dos banderas* se forma la mente. Los *tres binarios* y las *reglas de elección* están orientados principalmente a formar la voluntad; los *tres grados de humildad* completan la formación de todo el hombre, formando la afectividad, el corazón, y así, la persona entera alcanza la total madurez, propia de los santos.

CAPÍTULO III: MADUREZ AFECTIVA

Por madurez afectiva se entiende la educación y conversión del corazón. Recordemos las palabras de la Escritura: “No os dejéis llevar de doctrinas extrañas; ...porque es mejor fortalecer el corazón con la gracia...” (Hb 13,9).

Se trata de sentir, y sentir rectamente. No debemos mirar la sensibilidad de reajo... Hay que ver las cosas según el plan de Dios.

Hay un amor racional (de la voluntad); y otro sensible, que no nace de la voluntad sino de la sensibilidad. Lo ideal es amar a Dios hasta con un amor sensible. La sensibilidad es un talento que yo debo hacer fructificar.

La madurez afectiva consiste en hacer del amor racional y del amor sensible una sola cosa. La madurez volitiva y la afectiva van juntas. Eso es lo que da la unidad interna a la persona; eso es la santidad.

Todas las cosas son creadas para el hombre, para que le ayuden a ir a Dios; por lo tanto, la sensibilidad también me tiene que ayudar a ir hacia Dios.

La madurez volitiva toca a la voluntad, que es potencia racional. La madurez intelectual, a la inteligencia. Con ambos aspectos de la madurez, la inteligencia y la voluntad están convertidas. Pero falta la madurez afectiva, del corazón, de la sensibilidad, que tienen que ayudar a la parte racional, y por medio de ella a la sobrenatural, para unirme con Dios.

1) MADUREZ AFECTIVA Y TERCER GRADO DE HUMILDAD

Como nos enseña san Ignacio, en el *tercer grado de humildad*, hemos de convertir el corazón a la parte racional, y por ella a la gracia santificante, a la vida sobrenatural, a Dios. Lo que interesa ahora es ver qué formación, qué pedagogía hay que seguir, para alcanzar la madurez afectiva.

Hay una doble táctica: un pretendido aniquilamiento de la parte sensible, porque se piensa que es peligroso, etc. Esta es una concepción errónea, incompleta.

Nuestra formación de la sensibilidad tiene que ser equilibrada; en vez de reprimir, de quitar, se trata de abnegar, entendiendo bien esta palabra: no como aniquilamiento, no como “no sentir”, sino como “sentir rectamente”, encauzando la afectividad, y dándole su objeto proporcionado, en nuestro caso, Dios, Jesucristo, y las personas en general.

¿Para qué se ha encarnado Dios? Para que yo le ame con el corazón. La sensibilidad será buena o mala según yo la emplee. Además, mientras no se convierta el corazón, no basta dominar la voluntad. Una persona que se empeña en el camino de la santidad por la

sola voluntad, llegará difícilmente o no llegará, si al mismo tiempo no convierte el corazón, y no emplea toda esa energía formidable que Dios le ha dado, la sensibilidad, que no está para estorbar sino para ayudar a la voluntad a unirse con Dios. Por eso decimos que un santo “es un hombre de una gran pasión puesta al servicio de un gran ideal: Cristo”.

Entre voluntad seca y voluntad ayudada por la sensibilidad, rinde mucho más la segunda. Toda la persona es la que se entrega a Dios.

Tenemos que amar a Dios con toda el alma, con la inteligencia y con la voluntad, con todo nuestro ser, porque todo es criatura suya. Lo cual no es fácil. En los principios es más necesario apuntar a la parte negativa, aunque esto no es lo más perfecto. Pero se hace para encauzar la afectividad hacia Dios.

A medida que la persona va madurando, aprende a sentir más y mejor, es decir rectamente.

2) MADUREZ AFECTIVA Y SENTIDO DE LA AMISTAD

La madurez afectiva exige y comprende un recto sentido y cultivo de la amistad. Tengo que saber lo que es la amistad. Jesús tuvo amigos, y nos dijo en persona de sus Apóstoles: “...ya no os llamo siervos, sino amigos...” (Jn 15, 15).

La amistad exige amor; es un aspecto del amor. Para tener ideas claras sobre la amistad, es preciso distinguir:

- a. Un amor corrupto, pecaminoso, que debemos arrojar fuera de nosotros.
- b. Un amor sexual, que es natural y normal, querido por Dios, aunque muchas veces se emplea esta palabra en sentido peyorativo. Hay que tener un recto sentido, o conocimiento, de lo que es el sexo, ya que Dios lo ha hecho, y es bueno. El atractivo de los sexos entra en el plan de Dios y es normal, aunque por la malicia humana se desvía. Lo que es malo y peligroso es el desorden.
- c. Un amor sentimental desordenado, puramente sensible.
- d. Un amor natural, ordenado, humano, que es bueno. Cuando hablamos de la madurez afectiva, no hablamos de destruir el amor sensible; no hay que confundirlo con los anteriores. Pues si Dios me ha dado la sensibilidad, es para que la utilice para su mayor gloria. Si confundo el amor sentido con amor sentimental, entonces vienen las malas consecuencias. Esto tengo que saberlo para vivir bien mi vida, y para hacer bien a los demás. Y, por otra parte, para prepararme y defenderme de los posibles peligros con que el demonio me puede engañar, y no turbarme cuando no hay motivo, creyendo que es malo lo que no lo es.
- e. Un amor sobrenatural o santo. Se llega a este amor cuando la madurez afectiva se hace uno con el amor sensible y el sobrenatural. Es necesario sentir, pero sobrenaturalmente. Un amor sensible y sentido hacia una persona determinada puede ser santo.
La amistad es una virtud. La amistad no es simplemente una cosa de fe, sino que lleva a obrar. En una comunidad se exige una cierta intimidad, una santa familiaridad. Si no hay un mínimo de intimidad, ¿dónde está el espíritu de familia?

La madurez afectiva es sentir rectamente. Las antipatías y envidias son una señal de falta de madurez afectiva. Cuanto estoy más unido a Dios, más fácilmente rechazaré estos sentimientos. Del mismo modo la inconstancia en la afección sensible por uno u otro es señal de inmadurez afectiva.

Otro aspecto de la madurez afectiva es la formación de la castidad. Tenemos que saber distinguir lo que es pecado de lo que no lo es. Tenemos que tener, por una parte, una mentalidad delicadísima, purísima, fina y, por consiguiente, horror a todo lo que es contrario a ella; y, por otra parte, equilibrada, para evitar los complejos que hay en este aspecto.

Tengo que saber distinguir lo que en el plan de Dios es el placer y el sacrificio. Una cosa es obrar “con gusto” y otra “por gusto”. En el primer caso, es Dios quien me ha puesto este gusto natural por alguna cosa; por lo tanto, es bueno. Pero en el segundo caso, soy yo quien busco hacer mi voluntad, fuera del plan de Dios.

Cuando una cosa me cuesta y es sacrificado hacerlo, se me presenta la ocasión de hacer algo con mayor amor.

Lo mismo se puede aplicar al placer, que de suyo es indiferente: será bueno o malo según el fin con el que se busque este placer.

Dios nos ha dado el instinto de conservación de la vida, de la propagación de la especie. El instinto sexual, entonces, cuando es lícito y ordenado, es bueno, y Dios lo ha puesto para facilitar la procreación y premiar los sacrificios que la paternidad exige.

Debemos fijarnos cómo en el plan de la Redención, Dios quiso que intervinieran un hombre y una mujer: Cristo y su Madre Santísima.

3) MADUREZ AFECTIVA Y SENTIDO ESTÉTICO

Comprende, por una parte, el saber captar la belleza, en las artes en general (música, pintura, etc.), en la Creación (contemplación *ad amorem*); y por otra, el necesario cultivo del propio sentido estético, tanto para el desarrollo de una madurez integral personal, como para predicar hermosa y atrayentemente, con esa belleza sobrenatural que es resplandor de la gracia divina.

CAPÍTULO IV: MADUREZ SOCIAL

Nos damos cuenta que, como la persona es un ser social, porque Dios la ha hecho así, su madurez total exige el aspecto de las relaciones sociales.

Vamos a ver esta madurez social en dos aspectos:

- 1) Fuera de la vida de familia, en el contacto o relación con el mundo.
- 2) Dentro de casa.

Tenemos que ser sociables y sociales dentro y fuera de casa.

1) FUERA DE CASA Y DENTRO DE CASA

Fuera de casa

Es necesaria, para nuestra perfección humana y sobrenatural, un *minimum* de relaciones sociales. Dios ha creado al hombre con una necesidad física, moral y psicológica, de ayudar y sentir la necesidad de ser ayudado por sus semejantes, hasta cierto punto.

Cualquier animalito, cuando nace, tiene muchas más defensas que el hombre. Lo cual quiere decir que, aunque Dios ha hecho al hombre rey de la creación, lo ha hecho también como el más necesario de sus semejantes. Es necesario el contacto con la gente y con el mundo, para

desarrollar la personalidad.

Esto abarca dos aspectos:

- a. Recta independencia en el querer, pensar, sentir y obrar, sin dejarse influenciar por el ambiente, por la masa, o por las mayorías.
- b. Comunicabilidad y mutuo enriquecimiento, en sentido positivo. Asimilar lo asimilable, rechazando lo no asimilable.

De modo que el contacto con los demás supone un mutuo intercambio, una comunicación de bienes físicos, materiales y morales; entonces, al enriquecerse nuestro caudal, por lo mismo se perfecciona nuestra personalidad. En el contacto con los demás uno aprende, se perfecciona nuestra personalidad. Este es el fundamento psicológico y natural del trato social.

Así como para madurar necesitamos un *mínimum* de relaciones sociales, precisamos también un *mínimum* de conocimiento del mundo. Necesitamos un conocimiento mínimo de los signos de los tiempos, de lo que es la vida, de los cambios de mentalidad, de la psicología de la gente de hoy; del gusto de la época, y hasta cierto punto se necesita un conocimiento de la moda, cuando es buena. Las relaciones con el mundo, o mi actitud frente al mundo, no deben consistir en un complejo de inferioridad, y si es un defecto del temperamento, he de corregirlo por amor a Dios, ya que es una falta de madurez social.

No debe haber tampoco una evasión del trato social, por un concepto de “santidad” mal entendido, pensando que con ese contacto me puedo disipar, y entonces escapar de él cuando se me presenta la oportunidad.

La madurez social exige, en mis relaciones sociales, un espíritu y un sentido de sociabilidad y convivencia. Una persona, por ejemplo, que es misántropa, y tiene horror a la convivencia, no puede llegar a su perfección.

Hace falta saber adaptarse al medio ambiente, haciendo un esfuerzo también en cuanto a la mentalidad, hasta cierto punto, siempre que no se toque la verdad y el bien moral.

Hace falta un sentido de integración: por ejemplo, saber compenetrarse en el ambiente del país donde se vive. Naturalmente cuesta mucho, pero debemos hacer un esfuerzo.

Fuera de casa

Uno de los puntos esenciales en la vida comunitaria es el sentimiento de familia.

Debemos ver y profundizar este aspecto, para perfeccionarlo y para no perder de vista ciertos puntos, y para no provocar sufrimientos inútiles en los demás por falta de conocimiento.

La vida en común está compuesta por tres elementos fundamentales:

- a. *La convivencia*: Es decir, estar bajo el mismo techo, compartir la misma mesa; pero esto no basta, porque en un hotel también se vive bajo un mismo techo y se comparte, en cierta forma, la misma mesa, y sin embargo no es una familia.
- b. *La jerarquía*: Es decir, subordinación o coordinación; en otras palabras, hay un cuerpo orgánico, hay una organización, un organismo; pero esto tampoco basta, porque en una fábrica, en un cuartel, hay convivencia y subordinación, pero no es una familia.
- c. *La intimidad*: Esto es lo que falta, el elemento esencial de la vida de familia, ya sea una familia habitual, ya sea en una familia cristiana; lo que comúnmente llamamos hogar. Y también vale para la vida religiosa.

2) EL FUNDAMENTO TEOLÓGICO DE LA VIDA EN COMUNIDAD

¿Cuál es este fundamento? El mismo Dios, la misma vida divina. Estamos considerando ahora el mismo misterio trinitario. En Dios hay una vida de familia: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; hay una generación eterna: el Padre está engendrando al Hijo, y del amor de ambos procede el Espíritu Santo; hay una intercomunicación divina de conocimiento entre el Padre y el Verbo, y de Amor entre las tres divinas Personas.

Hay una vida íntima de tres Personas realmente distintas, en una unidad de substancia; hay una fecundidad y una vida interior, que consiste en amor, gozo y conocimiento mutuo.

Dios crea al hombre a su imagen y semejanza. Es decir, imprimió en el hombre, criatura racional, como en el ángel, un sello, una imagen, aunque palidísima, de esa vida suya íntima.

Dios creó al hombre sociable, los creó hombre y mujer, dos personas distintas pero unidas realmente en el conocimiento y el amor. Es un pálido reflejo de la vida familiar trinitaria.

De modo que esa imagen de Dios impresa en la criatura, hombre o mujer, ya sea en la familia cristiana, o en una comunidad o familia religiosa, debe ser como un reflejo de esa unidad en la variedad de la vida trinitaria.

En otras palabras: la vida de comunidad debe ser un reflejo de la unidad divina. La variedad (cada uno con su temperamento, con sus costumbres, con su edad) no destruye la unidad, con tal que seamos reflejo de esa vida trinitaria.

Una concepción de la vida común en la que todos seamos iguales, con un mismo temperamento, etc., es antinatural.

Es interesante, en cambio, y redundante en la gloria de Dios, que cada uno sea lo que es, con su personalidad propia, corrigiendo lo negativo o defectuoso, por supuesto.

Como un reflejo del misterio de la Trinidad, tenemos el de la Encarnación. Es otro matiz. El Verbo está en el seno del Padre, y se hace hombre. Hay un desposorio, una unión, una comunión entre la Divinidad, el Verbo, y la sacratísima Humanidad, en el seno purísimo de la Santísima Virgen.

Nosotros tenemos que ser un reflejo de la Encarnación; Jesús tiene que encarnarse en nosotros; tenemos que ser como la Humanidad del Verbo.

La Iglesia, el misterio del Cuerpo Místico, que es prolongación del misterio de la Encarnación, tiene que reflejarse en la comunidad, ya que es Cristo que se prolonga en sus miembros. Nosotros tenemos que ser una pequeña Iglesia, en donde juntos formamos un Cuerpo Místico, unidos a nuestra cabeza, que es Cristo; hay diversidad, pero en unidad.

En último término, se prolonga en la Eucaristía, que es también un símbolo de Iglesia. Cada uno debe ser un grano de trigo dentro de la comunidad, que unidos forman un “pan eucarístico”. Todos unidos forman una común unidad, en la cual Cristo está tanto en una partícula (en cada miembro), como en el todo. Este es el fundamento profundo, teológico, de la vida común.

Vemos aquí reflejada la grandeza de la vida común. Cada uno debe ubicarse y contribuir a la vida de comunidad. Que yo no sea un elemento de división sino de unión. La vida de comunidad es común-unión de almas y cuerpos.

Haremos una comparación, un poco común, con el matrimonio, en el que la unión de los cuerpos es para unir las almas. La unión corporal no es más que un medio para la unión espiritual, para llegar a una mayor intimidad.

La misma idea se puede aplicar a la comunidad: tiene que haber unión de corazones, de

almas y de espíritu. La unión física debe servir para unirse espiritualmente, para la unión de corazones.

La vida común no es más perfecta por ser más austera o más severa, sino por ser más común, más unida, porque hay más amor.

La vida común no es más perfecta porque haya más pobreza, etc., sino porque hay más caridad, que es lo más profundo. San Pablo nos enseña cuáles son las condiciones de una verdadera caridad: corazón puro, buena conciencia, fe sincera.

Ocurre una paradoja: hoy se habla como nunca de la vida común y, sin embargo, se tiende a ser más independiente. Está el peligro de acostumbrarse a vivir fuera de casa, so pretexto de apostolado, o dentro de casa, pero con espíritu de “soltería”.

Hay una crisis de vida común, se vive más hacia fuera que hacia dentro. El apostolado exige salir fuera, pero lo necesario, porque poco a poco se pierde el gusto por la vida comunitaria.

El primer apostolado para un religioso debe ser dentro de casa, en su familia y en su comunidad, con el ejercicio de la caridad. Mi celo apostólico debe volcarse en mi comunidad.

3) POSIBLES FALLAS EN NUESTRA VIDA DE COMUNIDAD

Principios prácticos:

a) *En la vida común cada uno debe manifestarse tal como es (principio de identidad).*

Con una bien entendida espontaneidad, en el sentido que cada uno debe ser el que es, con su manera de ser, con su temperamento, sin sentirse cohibido; no creer que todos debemos ser iguales y tener un mismo humor, ni reír de la misma manera. La frase: “*unum dicamus, unum sapiamus omnes*”, debemos aplicarla al espíritu netamente de Cristo Rey.

Dios nos ha hecho distintos. Así como yo me mostraba en mi vida de hogar, tengo que hacerlo en la vida de comunidad, corrigiendo todos los fallos. Lo positivo debe contribuir a la vida común, a hacerla más agradable; todo lo que es positivo, bueno, como, por ejemplo, la alegría, la simpatía, el optimismo... ¿por qué he de privar de ello a mis hermanos?

Los formadores no pueden pretender formar a todos por igual, en un mismo molde. En una de sus cartas personales el P. Terradas me decía: “No olvide que las leyes de la gracia suponen las leyes de la psicología”. Quería decir con esto que la gracia se acomoda, se adapta, respeta la naturaleza; unos necesitan más firmeza, otros necesitan más suavidad, y por lo tanto se debe tomar en cuenta, respetando lo íntimo que Dios ha dado a cada uno.

Por ser espiritual uno no se debe despersonalizar; es normal que uno reaccione distinto que otro. La vida de comunidad tiene sus inconvenientes: se puede llegar a perder la propia fisonomía, si no se tiene en cuenta esto. La unidad no es uniformidad.

b) *El mejor temperamento es el que mejor se adapta a la vida social.*

Porque la vida de comunidad es una vida sociable; una persona sociable tiene un buen aspecto más en su favor.

c) *Las perfecciones de la vida de familia, en el mundo, deben manifestarse en la vida de comunidad.*

Hemos de elevar las cualidades naturales, espiritualizándolas. La vida espiritual no nos

hace inhumanos. Debe notarse en nosotros un cambio de vida, pero sin dejar de ser uno mismo: debo hacer este cambio en forma normal.

d) *No tienen los demás que adaptarse a mí, sino yo a los demás.*

Esa debe ser mi intención: yo tengo que ser el primero en adaptarme, en esforzarme; esto es lo que exige la caridad, y exige humildad de nuestra parte. Si me doy cuenta, por ejemplo, de que una cosa molesta a otro, no debo hacerla, aunque sea naturalmente algo bueno.

e) *Hay que dar para recibir.*

Y no esperar recibir para dar. Debo hacer yo primero el esfuerzo; hay que tratar, por buena gracia, por la gloria de Dios y caridad auténtica, de ganarse a los demás. Incluso hay que dar sin esperar recibir, como una madre.

f) *La verdad convence, pero solo la caridad vence.*

No basta tener razón, hay que tener amor. No hay que contentarse con dar el segundo paso, sino el primero. Con más caridad se hace mucho más.

g) *El amor se demuestra y se aumenta en la comunicabilidad.*

Cuando no hay comunicación, no hay amor. La unión se fomenta con la comunicabilidad. Para que haya amor en la comunidad, tiene que haber comunicación, intimidad. Tiene que haber “algo”, dentro del espíritu religioso, de las reglas y constituciones, de comunicación.

h) *La santidad se encarnada de diferentes maneras en los miembros de la comunidad.*

A medida que se avanza en la vida espiritual, la definición de santidad varía dentro de uno mismo. La santidad no es para todos como uno se la imagina para sí, personalmente, pues puede ser que para otro tenga un matiz completamente distinto.

La gracia se adapta a los diversos temperamentos. No debemos juzgar a los demás por lo que pasa en nosotros, por lo que yo creo que es la santidad, en lo cual puedo no estar acertado del todo. A veces juzgamos por lo exterior, y nos equivocamos.

i) *Hay que tratar a cada uno tal como es, no como a mí me gustaría que fuese.*

Debemos respetar las ideas, juicios ajenos, siempre, claro está, en la verdad, en la ortodoxia. Cada uno de nosotros tiene derecho a pensar, a emitir juicios. Es natural que a nosotros nos agraden las personas que tienen nuestro temperamento. Pero no debemos dejarnos llevar por lo natural, faltando a la verdad y a la caridad, porque así aparecen las simpatías y antipatías, y las consiguientes divisiones.

j) *Tiene que existir, hasta cierto punto y según el tanto cuanto, una corresponsabilidad proporcional.*

Nadie debe sentirse inútil en la comunidad; todos deben sentirse corresponsables, proporcionalmente a su formación. Todos deben sentirse responsables en la tarea común y todos deben tener un aliciente.

La Iglesia apoya esto, ya que la naturaleza ayuda a la gracia.

Por supuesto, debemos estar indiferentes, armonizando la parábola del grano de trigo que se pudre, con la parábola de los talentos que hay que manifestar.

Es bueno saber dar lugar a las iniciativas, prudentemente. Es un buen método para que cada uno se sienta parte integrante de la comunidad (cada uno, según sus cualidades), teniendo en cuenta las circunstancias.

k) *La confianza.*

Cuando el demonio intenta meterse en la vida de comunidad, todo comienza por una

falta de confianza, más o menos consciente, más o menos motivada. Y esto es malo. Tenemos que tener presente el presupuesto de san Ignacio.

A veces somos demasiado rígidos en juzgarnos mutuamente. Se debilita así la confianza, sólo por ciertas apariencias. Debemos creer en la acción de la gracia.

Puede ser que la confianza se resienta por poca cosa; tenemos que ver la buena voluntad y el buen espíritu, porque objetivamente puede parecer una cosa, y subjetivamente ser otra, por temperamento o carácter, o porque uno ve las cosas de un punto de vista y otro de otro.

Hay un refrán que dice: “piensa mal y acertarás”; pero esto no es cristiano. Nosotros tendríamos que decir: “piensa bien y acertarás”, aunque haya cosas que a primera vista nos choquen. Esto es lo que dice san Ignacio en el presupuesto: “investigue a ver cómo entiende la cosa a propósito la otra persona, y si no entiende corríjala con amor...”, o sea buscar qué motivos o buenas razones la pueden llevar a pensar así, a obrar así.

l) *Tener espíritu de cuerpo.*

Servir a la comunidad, no servirse de la comunidad.

Es decir, sentirse solidarios, responsables de una empresa común. Y no por egoísmo hacerse una vida independiente, sin vivir los problemas de la comunidad.

m) *Todos debemos aceptarnos tal como somos.*

A veces se oye decir: “¡Ah! ¡Si yo fuera como Tal...!” Y no hay por qué pensar así. Debemos procurar imitar esas virtudes que tiene, para completar nuestra personalidad; pero no pretender igualarnos unos a otros, puesto que la santidad es compatible con toda particularidad. Tenemos que saber aceptar nuestras propias limitaciones, para evitar esos sentimientos de envidia o celos, que estropean, como un cáncer, toda la vida espiritual. Lo que tenemos que procurar es amar es a Dios con toda el alma. Nadie puede decir:

- ¡Ah, yo no sirvo para nada...!

- ¿Usted no sabe amar?

- ¡Si!

- Pues entonces usted sirve para todo.

Hemos de hacer como san Juan Berchmans, que como una abeja libaba de todas las flores el mejor néctar, tomando lo buenos ejemplos de cada miembro de la comunidad. Aceptarnos tal como somos, sin complejos.

n) *Tenemos que saber que hay crisis espirituales.*

Debemos saberlo. ¿Para qué? Para tener compasión y comprensión.

Puede haber un período de tentación o de decaimiento. Hemos de tenerlo en cuenta, para ayudarnos y animarnos. Hay personas que, por su temperamento, son más sensibles que otras a las pruebas interiores de la gracia, y no lo pueden remediar; hasta físicamente se les nota.

El que no tiene en cuenta esto, puede dañar la vida espiritual de otro. Con este conocimiento podemos ser un factor constructivo dentro de la comunidad.

No podemos ni debemos juzgar según las apariencias.

o) *Tenemos que ayudarnos a llevar nuestras cruces mutuamente.*

Podemos aplicar a este punto lo que san Ignacio dice en la cuarta semana: “considerar el oficio de consolar que hace Cristo N. Señor...”. Yo también tengo que hacer el oficio de consolador, dentro de la comunidad.

A veces hay ciertas personas que, por su temperamento, por su formación, etc., resultan menos simpáticas, menos agradables; esto no justifica que estos se sientan y se encuentren como dejados de lado, que se les huye. Ante la miseria caben dos reacciones:

1. Repugnancia.
2. Misericordia.

La primera reacción es instintiva, humana, natural. La segunda es sobrenatural. Donde hay amor, al contacto con la miseria, se transforma en misericordia. La misericordia no es otra cosa que el amor que se inclina, se lanza donde hay miseria. Esto es lo que ocurrió en la Encarnación: Dios, viendo la miseria del pecador, podía naturalmente decir: “¡Al infierno!”. Pero en cambio se encarnó, se hizo hombre, se encarnó Él mismo y cargó con nuestros pecados. Lo vemos claramente en la parábola del buen samaritano.

Para aplicar esto a lo que estamos diciendo, tendría que haber entre nosotros una santa emulación, de acercarnos a esa persona que se siente sola, aunque tenga un carácter difícil, insoportable. Debemos ayudarnos a llevar las cruces ajenas como propias, a sentir como en carne propia esas penas que por cualquier razón sufren las almas que me rodean.

- p) *El que no es capaz de gobernarse a sí mismo no es apto para la vida de comunidad.* En otras palabras, es apto para la vida común en la medida en que sabe gobernarse a sí mismo.

CAPÍTULO V: MADUREZ RELIGIOSA

La madurez religiosa consiste en una asimilación vivida del espíritu auténticamente religioso. Lo veremos en dos aspectos:

1) EN CUANTO RELIGIOSOS

El ser religiosos implica:

- Consagración, a través de los votos, como plenitud de la consagración bautismal.
- Segregación del mundo.
- Estabilidad de vida, mediante la Regla.

En este primer aspecto, en general, hay crisis en la vida religiosa porque hay crisis en el espíritu religioso. Los síntomas son:

Desnaturalización

Se ha perdido de vista lo típico de la espiritualidad religiosa. Aunque sustancialmente hablando, hay diversas espiritualidades, pero los medios de santificación son los mismos. Hay una espiritualidad seglar, una matrimonial, otra propia de sacerdote secular, y la del religioso.

Hoy se trata de eliminar esas características específicas de las distintas espiritualidades por una estandarización que lleva a suprimir las diferencias, diciendo: “Todos somos hijos de Dios, tenemos una misma fe... ¿para qué las diferencias?”. Esta es la mentalidad que existe y que desvirtúa la vida religiosa porque lleva a los religiosos a aparecer lo menos posible como almas consagradas. A veces, a fuerza de estar en otros ambientes, se toma en sí esas características,

poniendo pretextos: “¡es para ganarlos a todos! ¡es para no chocar! ...” Pero de hecho perdemos lo esencial, que nos da el carácter propio de religioso, no sólo dentro sino fuera de casa. Uno se puede hacer todo a todos sin dejar de ser religioso.

Si se empieza a quitar el Hábito, ¿qué pasa? Sucede que se termina perdiendo el hábito interior. Alguna diferencia tiene que haber con los seculares, que me presente al mundo como religioso. No basta una insignia en la solapa o una crucecita. Además, el pueblo tiene derecho a saber dónde hay un ministro, nos encontremos donde nos encontremos, vayamos con quien vayamos.

Con esa postura equivocada no vamos a llevar más almas a Dios, no vamos a conquistar el mundo. Y existe este peligro: “cuanto menos religioso aparezca, cuanto más me mezcle con la masa, mejor”. Excusándose con aquello de san Pablo: “hacerse todo a todos...” El P. Terradas decía: hacerse todo a todos, en todo aquello que es propio del sacerdote, o del religioso, para ganarlos a todos, sí. Pero hacerse todo a todos a costa de mi dignidad y espíritu religioso, no.

Lo típico del religioso es ser consagrado, tener los tres votos, y vivir bajo una regla y bajo obediencia, a la cual estamos como clavados, dentro y fuera de casa. El Concilio Vaticano II dice constantemente, hablando de los religiosos, que hay que conservar siempre la índole propia del instituto, el carácter peculiar de la vida religiosa.

El Santo Padre, en la encíclica *Ecclesiam suam*, se queja de que muchos tratan de confundirse con el mundo, en lugar de distinguirse. Es una especie de laicismo que ha entrado en la Iglesia, en la vida religiosa.

El Hábito no hace al monje, pero preserva al monje, y le recuerda su vocación. Y si se desprecia el Hábito, que de suyo tiene poca importancia, porque es un poco de tela, se termina por perder el hábito interior de su espíritu religioso.

Que todo lo que vemos y oímos al respecto nos sirva de “vacuna” preventiva.

Falso optimismo

Se falla en un falso optimismo, es decir, suprimir el aspecto *crucificante* de la vida espiritual; a fuerza de hablar sólo de Cristo resucitado, de cuarta semana, se olvida al Crucificado. La cruz no gusta, molesta, oprime; se trata entonces de buscar una fórmula mágica para convertir al mundo sin cruz.

Hay un poco de este espíritu, de quitar lo que la vida espiritual tiene de cruz. Con pretexto del Concilio, de pastoral, de “iniciativas”, y de muchas cosas más, todo mal entendido, se tiende a quitar la cruz que tenemos que llevar y que naturalmente molesta.

El Concilio Vaticano II dice que debemos participar del anonadamiento de Cristo, fomentar la vida escondida con Cristo en Dios. Cuanto más amor le tengamos a la oración y contemplación, el apostolado será empujado por el deseo de salvar almas. Es una garantía de que lo hacemos no por gusto natural, sino por la salvación de las almas.

Humanismo horizontal

Otra falla es dar la primacía a la línea “horizontal”, el humanismo, donde se hace del hombre un dios, y Dios queda atrás con tal de ir al hombre. Es un vicio, un engaño del demonio.

De tanto jugar con las palabras, y decir, por ejemplo, “Cristo es tu prójimo”, o “si amas al prójimo amas a Dios”, y como no se sabe lo que en realidad es el amor, y esto se toma en su sentido puramente natural, no en cuanto caridad sobrenatural, a fuerza de esto el hombre y sus derechos ocupan el primer plano, y se olvidan de Dios, cayendo en el naturalismo. Al mismo

Evangelio se lo toma en sentido de evolución social, y de lo sobrenatural, no queda nada o casi nada. Claro que el aspecto social está, sí, y debemos ocuparnos de él.

Ante todo, se debe buscar y amar a Dios, pues de la vida escondida fluye el amor al prójimo. La vida de oración queda prácticamente suprimida por el activismo. El silencio y la vida contemplativa quedan relegados por el “diálogo”, y la vida interior por los “contactos”.

2) EN CUANTO INSTITUTO CRISTO REY

Nuestra madurez consiste en asimilar el carisma fundacional. Por eso es radicalmente imposible y absurdo ser un buen religioso sin tener entusiasmo, enamoramiento del espíritu del propio Instituto. El carisma recibido es un alumbramiento espiritual, y si no tengo entusiasmo por él no puedo seguir su espiritualidad: hay que hacer sustancia propia este “espíritu”. Si esto no me entusiasma no puedo alcanzar la madurez de consagrado a Cristo Rey.

Hay que tener cuidado para no criticar en sentido negativo al pasado. Hay que darse cuenta que lo recibido tiene su importancia vital. Nosotros podemos no apreciar lo que realmente nos legaron las generaciones anteriores. Es fácil criticar, pero el progreso se basa en los esfuerzos anteriores.

Nosotros haremos bien los cambios y alabaremos a Dios, y cumpliremos nuestra misión, y viviremos más nuestra vocación, en la medida en que asimilemos más la tradición. Los conceptos de progreso y tradición no se contraponen: se complementan y se suponen. Es la tradición la que progresa. Y sin tradición no hay progreso.

El que está más anclado en la tradición es el que está en condiciones inmejorables para progresar. El religioso ideal es aquél que tiene un amor tan grande a la tradición como al progreso, y el que sabe armonizar mejor las dos cosas. El amor a la tradición es la garantía del progreso del Instituto, porque será entonces un progreso armónico y ortodoxo.

CAPÍTULO VI: MADUREZ Y GRACIA. LA OBRA DE DIOS EN NOSOTROS

1) ¿CÓMO TRABAJA LA GRACIA EN NOSOTROS?

¿Qué es lo que hace Dios para que alcancemos esta madurez, intelectual, volitiva, afectiva, etc.? Lo primero que no podemos olvidar es que la madurez y la santidad son un producto de una doble acción: la acción de la gracia, de parte de Dios, y la acción de nuestra voluntad libre. Y en la economía actual, la santidad supone y exige esta doble acción: Dios, sin mi cooperación, no me dará la santidad. Nosotros solos, sin Dios, sin el concurso de la gracia, no alcanzaremos la santidad. Es un concurso simultáneo de Dios y nosotros. Cuando leemos en el Génesis la creación del hombre, el autor nos relata que Dios modeló al hombre de barro, y le inspiró un aliento de vida, y fue así el hombre un ser animado.

Esta imagen es la que nos enseña en que consiste la santidad; cuando imagino a Dios tomando en sus manos ese poco de barro, y que lo modela, etc., y le imprime ese sello que es su misma imagen divina; eso que Dios hizo con Adán, lo hace con nosotros, pues en ese poco de barro veía, como Dios que es, toda la descendencia de Adán

Esto puedo aplicarlo a mí personalmente: yo soy ese poco de arcilla en las manos de Dios,

y Él quiere hacer conmigo esa obra de arte; y todo esto para darnos cuenta de lo que Dios es, y de lo que Dios hace.

El plan de Dios, por consiguiente, es divinizar al hombre: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”. Y eso que dijo la serpiente a Eva para tentarla: “Seréis como dioses”, es cierto en cuanto el plan de Dios es hacernos como dioses, divinizarnos, imprimirnos su misma imagen.

La santidad es una participación de la divinidad, de la divina naturaleza. Dios me hace partícipe de su divinidad; es aquello que dice san Agustín: Dios se hizo hombre, para hacer al mismo hombre Dios.

Una segunda idea: Dios quiere divinizarme, me imprime Su misma imagen. ¿Cuál es la imagen de Dios? Es el Verbo, su divino Hijo.

La creación, como la Encarnación y la Redención, en una palabra, la santificación de una criatura, consiste en que el Padre Eterno imprime, por el Espíritu Santo, la imagen del Verbo, del Hijo, en esa criatura racional. Lo que Dios hace es imprimir en ese barro que no vale nada, la imagen del Verbo. Yo soy ese barro, y Dios quiere imprimir en él un hálito de vida, que es fruto de sus entrañas y que en sustancia es el mismo Dios.

Luego, la frase: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”, equivale a decir: “hagamos al hombre semejante al Hijo”.

San Pablo dice: “Todos nosotros a cara descubierta reflejamos como espejos la gloria del Señor” (2 Cor 3, 18). Pero ¿cuál es la gloria del Señor? La gloria de Dios es el Verbo, su Hijo.

También dice la Carta a los hebreos que el Verbo es resplandor de la gloria del Padre. Es como el destello, el fulgor, el brillo, la luz que dimana del Padre; eso es el Verbo, que, por consiguiente, substancialmente se une con el Padre, aunque en cuanto persona son distintos. “Y nos transformamos en la misma imagen”, es decir, Dios me transforma en la misma imagen de su Hijo, “de gloria en gloria, como movidos por el Espíritu del Señor”.

¿Qué es lo que movió al Padre a crear al hombre? Le movió el Amor. La creación es una obra de amor; la encarnación redentora, es una nueva creación, una recreación, y es obra del Amor.

A Dios le impulsó el amor a crear al hombre; la creación, por consiguiente, es un desbordamiento del Amor divino que se derrama, que rebosa y se desparrama, creando vida, creando esos seres racionales con esa su imagen que les imprime: nos transformamos en la misma imagen, como movidos por el Espíritu del Señor.

En otras palabras, es “el Amor que sale a la reconquista del amor humano”.

Primeramente, el Amor, Dios, creó al hombre. Pero el hombre pecó. Dios lo prevenía, porque lo tenía todo presente, y entonces quiso redimirnos. En otras palabras, quiso *re-crearnos*, elevarnos por el Bautismo, por la gracia, al orden sobrenatural y nos devolvió la amistad que habíamos perdido, gracias al segundo Adán, su Hijo, Cristo.

Cuando Dios forma el primer Adán, lo que está mirando es al segundo Adán. Y no solamente a su Hijo: me veía a mí, en ese mismo segundo Adán, como inserto en Él. Y lo que hizo con ese mismo Adán, lo quiere hacer conmigo cuando me santifica.

2) FUNDAMENTO DEL AMOR DE DIOS A LA CRIATURA

Dios no nos ama porque seamos buenos, sino al revés. Nosotros somos buenos porque Dios, al amarnos, nos ha creado a su imagen.

¿Por qué la madre ama tanto a su hijo? Porque es algo de sí misma. Así Dios nos ama porque ve en nosotros su imagen. Si no ve al Hijo en mí, no me puede amar. Aquí está el fundamento del amor de Dios. Él me ama porque ama a su Hijo en mí. “Este es mi Hijo muy amado, en Él me he complacido...”. Él es el único en el que Dios puede complacerse. Luego, si Dios ama algo que no es su Hijo, tiene que ser porque ve en ello a su imagen.

Nosotros solamente podemos amar al prójimo, y así lo hacemos, aunque no lo sepamos, porque vemos en él a la imagen de Dios. Porque si veo en las personas algo de bueno, si veo algo de belleza en las creaturas, es porque hay en ellas un destello de las divinas perfecciones. Luego yo, lo sepa o no, lo quiera o no, necesariamente, si amo a alguien es porque veo en él a Dios. Lo que pasa es que este amor puede ser desordenado; es decir que, aunque yo dependa de Dios físicamente, mientras no dependa de Él moralmente, libremente, conscientemente por amor y por la gracia, ese amor, esa dependencia física, no basta para salvarme. Es necesaria la dependencia moral.

¿En qué consiste la santificación de un alma? En esto: que Dios plasme como un artista insuperable la imagen de Su Hijo en ella.

Dios tiene eternamente en su mente la imagen del Hijo, y cuando me crea a mí, quiere plasmar en ese barro la imagen de su Hijo. Pero hace falta que la creatura se deje modelar. Por eso es más “fácil” para Dios hacer un milagro cualquiera, que santificar un alma... ¿Por qué? Porque en el milagro, como la materia es inanimada, no opone resistencia. Pero yo, que tengo libertad, tengo la capacidad, “como infinita”, de decir no a Dios, y frustrar toda Su potencia creadora. Así es como a veces Dios no puede hacer su “obra de arte”, porque la materia se resiste.

Dice san Pablo: “A los que antes conoció, a aquellos los predestinó a ser conformes a la imagen de Su Hijo; y a los que predestinó, a esos también llamó, y a los que llamó los justificó, y a los que justificó, a esos glorificó” (Rm 8, 29-30).

¿Para qué nos creó Dios?

1º) Para que fuésemos santos (fin próximo).

2º) Para alabanza de su gloria.

Dios ha hecho de su Hijo la Cabeza de toda la creación. Por eso la creación ha sido sintetizada en Cristo. Él es la recapitulación de toda la creación. Jesús es el puente que une a Dios con las criaturas. Cristo es la maravilla de la creación. En Él se une la eternidad con el tiempo. Es Fin del hombre como Dios, y Mediador del hombre hacia Dios.

Cristo es la causa meritoria, ejemplar y vital, de nuestra salvación y santificación:

- **Causa meritoria**, porque nos ha ganado el Cielo con su Cruz.
- **Causa ejemplar**, porque es el modelo del cual se ha servido el Padre para crearnos y recrearnos en la Redención.
- **Causa vital**, como Cabeza del Cuerpo Místico. Se une a mí por la gracia santificante que es la vida sobrenatural. Es la Vida de mi vida.

“Sin mí, nada podéis hacer”. Esto vale no sólo en el orden sobrenatural. La frase más profunda, para entender esta dependencia vital intrínseca, la dice en san Juan: “Así como el Padre que me envió vive Yo vivo por el Padre, así el que me come vivirá por mí...” (Jn 6, 57).

Es como si dijera: “Así como Yo - Cristo - no puedo existir fuera del Padre, así vosotros - hombres - no podéis existir fuera de mí. El que come (Eucaristía) vivirá por mí, es decir que la vida sobrenatural que tiene es mi misma vida.”

Imaginemos al Verbo en el seno del Padre, como el hijo está en el seno de la madre antes de nacer. Así estoy yo en Cristo. Por consiguiente, es inimaginable que yo pueda vivir la vida de la gracia sin unión física y vital con Él; y esto es aún verdad en el plano meramente natural, porque Cristo, como Dios, es causa primera de todas las cosas que existen. Luego, si Dios se separase de mí un instante, automáticamente volvería yo a la nada de la cual me formó. Pero la dependencia en el ser no basta. Hace falta la gracia, la dependencia por amor, en la caridad.

Vale decir que los condenados en el infierno, también dependen físicamente de Cristo - Dios. Dios está de este modo en todas las cosas creadas, aún en el mismo Satanás, porque es una criatura, por más mala que sea.

De este principio surge la dignidad del hombre. Esa dignidad no la pierde, aunque sea un criminal. Lo que pierde es esa imagen de Dios, del Verbo, impresa por su Bautismo, y manchada por el pecado.

De modo que vemos claramente tres ideas:

- a. Plan de Dios: la creación y la Redención nos comunica su amor y nos imprime su misma imagen.
- b. Esa imagen es Cristo.
- c. Esa imagen tiende a su plenitud en mí.

Lo que hizo Cristo en este mundo, y que leemos en el Evangelio, que “crecía”, tiene que hacerlo espiritualmente en mí; esa imagen crece dinámicamente, como una semilla, hasta llegar a ser un gran árbol, hasta alcanzar la plenitud de su edad perfecta. Cuando Cristo llegue a su edad perfecta en mí, es decir que se haga hombre en mí, yo he llegado a la madurez, a la perfección, a la santidad. La vida espiritual es una infancia, al principio, y a medida que va aumentando, va creciendo Él en mí. En nosotros tenemos la raíz de la santidad, que se nos infunde por el Bautismo: la vida de la gracia en semilla que tiende a su plenitud.

Dios realiza esta obra de santificación en mí a través de un organismo sobrenatural, que me da en el Bautismo como un cuerpo espiritual.

3) RESPECTO DEL ALMA

¿Cómo se llega a la madurez? ¿Cómo se llega a la santidad? ¿Cómo se desarrolla la imagen de Dios en mí?

En la medida en que la gracia vaya ejercitando los actos sobrenaturales de las virtudes y los dones. La gracia santificante es un hábito sobrenatural, una cualidad. La gracia no es físicamente idéntica al mismo Dios, no es un sinónimo de Dios: es algo creado, de orden sobrenatural, fuera de Dios. La gracia es una cualidad infusa que nos hace partícipes de la naturaleza divina. Por lo tanto, no se puede adquirir por fuerza y voluntad humanas.

La gracia hace a los hombres:

- Hijos de Dios.
- Herederos del Cielo.
- Coherederos y hermanos con Cristo.
- Capaces de ganar mérito sobrenatural.
- Templos vivos de la Santísima Trinidad.

También, dentro del organismo sobrenatural, tienen su papel importante las virtudes:

- a. **Virtudes infusas:** Se llaman así para distinguirlas de las naturales.

- b. Virtudes naturales:** Son hábitos naturales que disponen al alma a seguir el dictamen de la razón natural (honestidad natural), a seguir lo que dicta el sentido común, el entendimiento. Las virtudes naturales se adquieren con el ejercicio
- c. Virtudes sobrenaturales infusas:** no se pueden adquirir. Dios las infunde gratuitamente con la gracia, o cuando recuperamos la gracia, pues ambas no se pueden separar. Son cualidades o hábitos operativos, que tienden al ejercicio. Es decir que la gracia es estática, y obra por medio de sus “brazos”, las virtudes.

La gracia, si no tuviese las virtudes y los dones, no podría obrar.

Cuando el Concilio Vaticano II habla de santidad, no se refiere sólo a la gracia, sino a la gracia llevada a la plenitud.

Esa plenitud, supone el desarrollo de las virtudes, que son hábitos operativos infundidos por Dios en las potencias del alma, para disponerlas a obrar según el dictamen de la razón iluminada por la fe viva, e informada por la caridad.

Hay que tener en cuenta tres principios:

I. Proporción entre los medios y el fin

Dios está “como obligado” a darnos medios sobrenaturales, pues me ha creado para ese fin sobrenatural. Si quiero subir al primer piso, necesito una escalera proporcionada a la altura de ese primer piso. Si tengo una escalera que llega a la mitad, no sirve...

Como Dios, según sabemos por la Revelación, al crear al hombre lo elevó desde el primer instante al orden sobrenatural. El será para el hombre su fin, no solamente natural sino también sobrenatural. Ver cara a cara a Dios en la gloria por la visión beatífica, es el fin sobrenatural.

Y a este fin sobrenatural el hombre no tiene posibilidad, ni derecho, ni se le hubiera ocurrido alcanzarlo, porque es puramente gratuito.

Si Dios eleva al hombre al orden sobrenatural, le ha de dar los medios para llegar a verle cara a cara. Esos medios son la gracia con las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo.

En el orden natural, podemos conocer y amar a Dios, mediante las virtudes naturales.

En el orden sobrenatural, sabemos que Dios elevó al hombre a la participación de la vida divina: las virtudes y dones del Espíritu Santo elevan las virtudes naturales, del entendimiento y de la voluntad, para que con la fe puedan llegar al conocimiento sobrenatural.

II. Dios obra suavemente, con naturalidad

Dios no tendría necesidad de medios (virtudes y dones), pero le gusta obrar con “naturalidad”, sin saltos, con normalidad; o sea que la gracia obre por sus potencias, por el ejercicio que le resulta connatural.

III. Esta acción es un concurso de Dios y de todo el hombre

Un concurso entre Dios y la criatura racional que acepta.

Al decir “todo el hombre”, comprendemos:

- Vida vegetativa.
- Vida sensitiva.
- Vida racional.

Todas influyen en conjunto. Por lo tanto, no hay que menospreciar a ninguna.

4) DIFERENCIA ENTRE LAS VIRTUDES NATURALES Y LAS SOBRENATURALES EN EL ORGANISMO SOBRENATURAL

Las virtudes sobrenaturales y los dones del Espíritu Santo no pueden actuar sin las virtudes naturales. Un santo no deja de ser racional porque sea santo. La gracia supone y exige la naturaleza. Las virtudes sobrenaturales y los dones no pueden actuar sin el entendimiento y la voluntad. Esto significa que el entendimiento y la voluntad trabajan por llegar a la santidad.

Las virtudes naturales o adquiridas nos dan la disposición para obrar sobrenaturalmente. Las virtudes sobrenaturales o infusas, a su vez, nos dan la posibilidad de obrar sobrenaturalmente y merecer la vida eterna.

Lo ideal es tener la posibilidad de obrar sobrenaturalmente, porque se está informado por las virtudes y los dones, y al mismo tiempo tener la facilidad que se ha adquirido por la ascética.

Las virtudes infusas son las que trabajan inmediatamente sobre las virtudes naturales, elevándolas y perfeccionándolas.

5) DONES DEL ESPIRITU SANTO

Son hábitos operativos que perfeccionan las virtudes infusas.

Así como las virtudes infusas perfeccionan las virtudes naturales, los dones perfeccionan las virtudes infusas. Con los dones el alma se perfecciona para seguir dócilmente las mociones mismas, directas, del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es quien toma la iniciativa. Él da el último toque a la obra de arte.

La gracia va siempre junto con las virtudes y los dones; no se pueden separar. A medida que el alma va trabajando con las virtudes infusas, se va preparando la acción de los dones, hasta llegar a adueñarse completamente del alma: el alma entonces, sin dificultad, va haciendo lo que el Espíritu Santo le indica.

Los dones dan un “instinto” sobrenatural. Dios nos lo ha dado. Así como el instinto natural obra en mí naturalmente, así Dios me da un “instinto” para obrar sobrenaturalmente. Los dones hacen obrar al alma con prontitud, con facilidad, con gozo, con mérito mayor de las virtudes.

Las purificaciones activas las realiza el alma con el auxilio de la gracia, siempre. Ella se mortifica, y va sacando de sí todo lo que la separa de Dios, pero sin embargo queda siempre algo de impureza. Entonces el Espíritu Santo acaba la purificación del alma.

Para decirlo de una manera más gráfica: cuando obran solo las virtudes, Dios aún no está “en su casa”. Es como un invitado de honor, nada más. En cierta manera nosotros mandamos. Pero cuando actúan los dones, entonces sí que Dios obra como “en su casa”.

Para poner en juego las virtudes y los dones, hace falta una cosa más: Las gracias actuales. Las virtudes y los dones, que son potencias, necesitan de ellas para llegar al acto. Se llama gracia actual para distinguirla de la gracia habitual.

Cuando se dice gracia actual se refiere a esa luz con que Dios ilumina el entendimiento, y ese “empujón” con que Dios ayuda a la voluntad, siempre libremente, a hacer un acto bueno.

Estas gracias actuales se pueden recibir aún en pecado mortal. Se puede dar una gracia actual sin gracia santificante. Para que obren los dones hace falta que Dios me dé una gracia actual que los ponga en acción junto con las virtudes.

Nosotros estamos obligados por vocación cristiana a dejar a Dios desarrollar en nosotros sus dones. La santidad es dejar que Dios me santifique. La iniciativa viene de Dios, Él es quien hace la obra de arte.

El desarrollo del organismo sobrenatural supone y exige lo mismo que el organismo natural. Así como hacen falta para el desarrollo físico una alimentación adecuada, un ambiente sano, un cierto ejercicio físico, y un régimen de vida organizado; así también se necesitan para la vida del organismo sobrenatural.

La alimentación adecuada serán los sacramentos, especialmente la penitencia (confesión) y la eucaristía (comunión). El ambiente sano para el alma, el aire que le da la vida, es la oración. El ejercicio adecuado para el organismo sobrenatural es la práctica de las virtudes y el apostolado. El régimen de vida será la dirección espiritual.

CONCLUSIÓN

Así como Jesús crecía bajo el cuidado maternal de la Virgen, nuestro organismo sobrenatural se desarrollará con la devoción a la Santísima Virgen. Lo que Ella hizo con Cristo durante su vida temporal, lo hace ahora con el Cristo místico; en otras palabras, lo que la Virgen hizo en Él, lo hace en mí. El mejor medio para el desarrollo de este organismo sobrenatural es la auténtica devoción a María Santísima.

Para llegar a la madurez... ¿qué hay que hacer...? Hay que nacer de nuevo (cfr. Jn 3, 4), volver al seno de la Madre, de la Virgen María, y hacernos como niños, para llegar a ser hombres maduros, según la medida de la plenitud de Cristo (cfr. Ef 4, 13).

A.M.D.G.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	3
INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I: MADUREZ INTELECTUAL.....	5
1) FORMACIÓN COMPLETA, PROPIA Y CONVENIENTE.....	5
2) CONOCIMIENTO DISTINTO DE LOS GRANDES PRINCIPIOS DEL ORDEN NATURAL (RAZÓN) Y DEL ORDEN SOBRENATURAL (FE - TEOLOGÍA)	6
3) CRITERIOS OBJETIVOS Y JUICIOS PRÁCTICOS DE LAS COSAS	8
4) LOS GRANDES PRINCIPIOS Y EL PLAN DE DIOS.....	9
5) LA HUMILDAD INTELECTUAL	10
CAPÍTULO II: MADUREZ VOLITIVA	10
1) DOMINIO DE SÍ MISMO	10
2) RECTO USO DE LA LIBERTAD	11
3) SENTIDO DE RESPONSABILIDAD	12
CAPÍTULO III: MADUREZ AFECTIVA	12
1) MADUREZ AFECTIVA Y TERCER GRADO DE HUMILDAD.....	12
2) MADUREZ AFECTIVA Y SENTIDO DE LA AMISTAD	13
3) MADUREZ AFECTIVA Y SENTIDO ESTÉTICO	14
CAPÍTULO IV: MADUREZ SOCIAL.....	14
1) FUERA DE CASA Y DENTRO DE CASA	14
2) EL FUNDAMENTO TEOLÓGICO DE LA VIDA EN COMUNIDAD	16
3) POSIBLES FALLAS EN NUESTRA VIDA DE COMUNIDAD	17
CAPÍTULO V: MADUREZ RELIGIOSA	20
1) EN CUANTO RELIGIOSOS	20
2) EN CUANTO INSTITUTO CRISTO REY	22
CAPÍTULO VI: MADUREZ Y GRACIA. LA OBRA DE DIOS EN NOSOTROS	22
1) ¿CÓMO TRABAJA LA GRACIA EN NOSOTROS?	22
2) FUNDAMENTO DEL AMOR DE DIOS A LA CRIATURA.....	23
3) RESPECTO DEL ALMA	25
4) DIFERENCIA ENTRE LAS VIRTUDES NATURALES Y LAS SOBRENATURALES EN EL ORGANISMO SOBRENATURAL.....	27
5) DONES DEL ESPIRITU SANTO.....	27
CONCLUSIÓN	28
ÍNDICE	29

